

¿Por qué me hice sacerdote?

Entrevista Diego Millán

Diego Millán García, 52 años, nace en un pueblo llamado Porcuna, en la provincia de Jaén, región de Andalucía, España. Es sacerdote desde el 2 de Mayo de 1987, pero también pertenece a una Congregación religiosa llamada San Viator desde 1975 en que hizo sus primeros votos. Actualmente desarrolla su actividad sacerdotal, pastoral y escolar en el Colegio san Viator de Madrid, España. También ha trabajado como misionero en Chile durante 8 años y pasó una temporada de 3 meses en India.

¿Cómo nace la inquietud de ser sacerdote en usted?

Mi inquietud por ser sacerdote nace de niño. Desde muy pequeño me gustaba jugar a celebrar misas y en la familia siempre decían que sería curita. La providencia divina hizo que antes de ser sacerdote conociera una Congregación religiosa llamada de San Viator y en ella ingresé a los 18 años en que hice mis primeros votos. Como es una Congregación dedicada básicamente a la educación de niños u jóvenes, mis primeros estudios fueron en pedagogía y a los 22 años ya ejercía como profesor. Posteriormente, seguí con mis deseos de ser sacerdote y comencé los estudios de Teología y Filosofía. Me ordenó sacerdote el obispo don José María Larrauri, en la ciudad de Vitoria, norte de España donde residía y trabajaba en esos momentos, 2 de Mayo de 1987. Considero que soy sacerdote por la gracia de Dios, porque siempre me gustó el servicio a los demás y porque es para mí un maravilloso regalo y responsabilidad poder ser presencia especial de Cristo en la comunidad cristiana a través de la Eucaristía, el

perdón, la animación de los hermanos y hermanas a mí encomendados como pastor.

¿Cómo describiría su vida sacerdotal?

Mi vida sacerdotal está enteramente dedicada a la labor pastoral y educativa. Soy el responsable pastoral de un gran Colegio en Madrid, de 1400 alumnos, y ello requiere una entrega total a la tarea litúrgica y de acompañamiento espiritual de niños y jóvenes que ocupa gran parte de mi vida. También soy profesor de Religión y de Filosofía, lo cual me posibilita un diálogo fe-cultura, tan necesario hoy en el mundo en que vivimos, especialmente con los jóvenes. Además de todo esto, es prioritario mi ministerio como pastor y superior de mi comunidad religiosa.

¿Cuáles han sido los retos más simbólicos que ha enfrentado como sacerdote?

Diría que mi vida sacerdotal hay sido muy feliz y me he sentido siempre muy recompensado por el Señor y por las personas. Los cambios de lugar y de continente han sido retos importantes que han requerido una adaptación y un replanteamiento, no de mi vocación, sino de las maneras y formas de ejercer el ministerio pastoral. Siempre he considerado un desafío interesante el compaginar mi fidelidad a la Iglesia con la fidelidad a mi conciencia y la cercanía a la gente sencilla, intentando compartir sus vidas y escuchar sus clamores, lo cual me ha llevado a tener a veces ligeras tensiones con obispos y otros sacerdotes del lugar donde he estado trabajando. Siempre he creído y creo que vivido una Iglesia más cercana a la gente, que escuche más y que imponga menos, que sea sensible al sufrimiento de las

personas y que sea a la voz de los más pobres. Una Iglesia samaritana, misericordiosa, acogedora, que proponga más que imponga, que transparente la alegría y el gozo de la fe en este mundo tan necesitado de gestos de humanidad y acogida.

¿Qué experiencias como sacerdote le han dejado más impactado?

Soy una persona que me impactan las cosas y sobre todo me dejó impactar por las personas y sus situaciones. La vivencia de experiencias límites en India y en Chile han marcado mi vida sacerdotal y cristiana. Escuchar como sacerdote tantos sufrimientos de tanta gente, me han llevado a vivir mi vida sacerdotal con más humildad, con más comprensión, con más sencillez y sobre todo con más humanidad. La vivencia de esta Semana Santa pasada en Tierra Santa ha sido una fuente de ánimo y estímulo para mi vida sacerdotal y cristiana. Trabajar ahora con inmigrantes y tener la posibilidad de compartir la vida y las ilusiones de muchos jóvenes siempre me impactan y me hace bien. También considero impactos positivos el haber tenido la suerte de conocer en persona al hermano Roger de Taizé, a la madre Teresa de Calcuta y al papa Juan Pablo II.

¿Cuál considera que es la tarea más difícil para un sacerdote?

Bueno, creo que ser sacerdote es una tarea en sí maravillosa y fascinante. Pero a menos en España vivimos una realidad cada vez más secularizada que hace que el sacerdote hoy sea apenas irrelevante en la sociedad. Y eso hace por un lado difícil nuestra labor y a la vez facilita el ejercicio de una manera nueva de ejercer

el ministerio sacerdotal en clave más humilde y de menos relevancia social, y por eso más auténtica. No es mi caso, pero muchos sacerdotes diocesanos están demasiado solos y esa soledad afectiva dificulta muchas veces la misión pastoral. Ser sacerdote hoy supone una fuerte dosis de convicción, de oración, de cercanía a la gente, de sintonía con la Iglesia universal y local, de adaptación a los nuevos lenguajes pastorales que hagan más comprensible el Evangelio de Jesús en nuestro mundo, y una talante misericordioso, acogedor, comunitario, sensible a los más pobres, cercano a las personas, alegre y gozoso. Sin auténtica vocación y enamoramiento de Jesucristo, ser sacerdote se convierte en un burócrata, en un funcionario eclesiástico, en un rutinario dispensador de sacramentos, pero no en un pastor y en un testigo gozoso de la Buena Noticia del Evangelio. Sólo así seremos creíbles los sacerdotes y sólo así seremos reclamo para otros jóvenes.

Por: María Velázquez Dorantes \ mary_vd@hotmail.com